El robo no parecía ser la causa de aquel crimen

Juan Carlos Pereletegui

CC by-nc-sa Juan Carlos Pereletegui
loslibrosdebalmenhorn@gmail.com
DOCUMENTO FIRMADO
ELECTRÓNICAMENTE

—Descuide señor Galipienso, la villa estará lista para entrar el primero de Agosto. Me ocuparé personalmente de todos los detalles. Ya me conoce usted, puede confiar en mí.

Claudio colgó el teléfono y se volvió a la clienta que aguardaba al otro lado de la mesa.

—Discúlpeme señora García, pero estos son días de locos. Como le decía, lamento enormemente que el apartamento no sea de su gusto. Hice todo lo posible por ajustarme a sus indicaciones... lo lamento mucho, creame. Estás cosas pasan en ocasiones. Pero, ya sabe que conmigo no va a tener ningún tipo de problema; ahora mismo vamos a encontrar algo que se ajuste a su idea —dijo Claudio incorporándose.

Antes de salir, Claudio se excusó y en el aseo revisó cuidadosamente su aspecto. El fresco traje de verano estaba impecable. Repasó su peinado y se dio un toque de colonia. El espejo le devolvió la imagen de un atractivo treintañero, ajustándose el nudo de la corbata. Imagen que, lo sabía bien, le resultaría muy útil para lograr contentar a la inaguantable señora García.

Salieron de la oficina situada en pleno paseo marítimo y cuando se dirigían al coche, Claudio vio a Arturo, apoyado en la balaustrada, de espaldas al mar, fumando un cigarrillo y mirando a los veraneantes.

Iba vestido con una camiseta y pantalones cortos de deporte, y llevaba sandalias de jardín. El sol arrancaba destellos del grueso cordón de collares y gargantillas de oro que le colgaban del cuello y se desparramaban por encima de la camiseta.

Vestido de esta manera, fascinó al agente, que todavía le recordaba de cuando le alquiló la casa, un par de meses atrás.

Entonces Arturo le parecía misterioso y fuerte, con su manojo de collares al cuello y un grueso diamante en el lóbulo de la oreja izquierda. Sus manos eran largas, de dedos finos y cuajados de anillos y sortijas, entre las que destacaba un enorme sello de oro, digno de un Papa. Aquellas manos estaban acostumbradas a la manicura al saludarle, Claudio había sentido una suavidad inesperada, que le produjo una intensa y duradera excitación.

Su rostro le traía al pensamiento sal, viento, mujeres extranjeras, soledad y sol. Tardó unos días en reparar en el motivo de aquella asociación y desde entonces vivía en un sinvivir.

Y ahora Arturo estaba allí enfrente, con solo cruzar la calle podría estrechar su mano de nuevo, oír su voz, posar sus ojos en los suyos...

—¿Le pasa algo?

Claudio miró sin ver a la señora García.

—Perdone, ¿qué dice?

—Si le ocurre algo, se ha quedado como pasmado.

—¡Ah! No, no... —reaccionó Claudio—. Es que estaba pensando si llevaba las llaves de todos los apartamentos. Vamos, el coche lo tengo por allí.

Fue una tarde imposiblemente larga, de urbanización en urbanización, hasta que la señora García se dio por satisfecha. Cuando Claudio llegó a su casa, estaba cansado y hambriento, pero ignoró la cocina y se fue directo al televisor. Con dedos torpes por la excitación, sacó el DVD de su caja y lo puso en el aparato. La enorme pantalla de plasma cobró vida y en ella apareció un espectacular yate, navegando en alta mar. En la cubierta, Arturo, vestido tan solo con sus joyas, sodomizaba a un negro enorme, que llevaba una gorra de marinero por toda indumentaria. Mientras los hombres compartían fluidos, una mujer oriental, excitantemente vestida de cuero, daba vueltas a su alrededor, azotándolos de vez en cuando con un látigo de muchas colas. Su rostro se crispaba de placer cada vez que descargaba el azote, mientras Arturo y el gigantesco bujarrón parecían excitarse más y más con el castigo.

Claudio siguió fascinado el vaivén de los collares de Arturo que marcaban con precisión el ritmo y la fuerza de sus movimientos, hasta que un gruñido ronco le brotó de la garganta y se dejó caer de rodillas, vacío.

Dos semanas más tarde.

Aguado llegó cuando ya estaban sacando el cuerpo en la camilla, cubierto con una sabana blanca que se empapaba rápidamente de sangre por varios puntos. Maldijo su suerte, por unos minutos tendría que aflojarle un billete de cincuenta al de la ambulancia, para que le dejara sacar unas fotos. Pero cuando vio a la jueza Soler volver su cara de zapato viejo hacia él, supo que iba a costarle bastante más. ¡Los enfermeros le tenían un miedo atroz! Los ojos de besugo de la jueza chispearon.

—Algún día descubriré quien le da los soplos, Aguado.

—Confiemos en que no, señora. ¿Quién es el fallecido?

—Claudio Abraxas, el corredor de fincas. —Aguado puso cara de sorpresa—. ¿Le conocía?

—Profesionalmente. Estaba bien informado de quien iba y venía, su agencia trabaja con peces gordos. El periódico le cambiaba información por publicidad.

—Pues se les ha jodido el trato. —Hacia tiempo que Aguado había dejado de asombrarse del lenguaje de la jueza—. ¿Era maricón?

Por un momento, Aguado pensó mostrarse reservado, pero con la jueza Soler no era buena táctica.

—Por lo que sé, le daba a todos los palos, pero tenía cierta debilidad por ese, en particular.

—Eso encaja con la investigación —murmuró la jueza—. Yo que usted, me ahorraría los cincuenta euros. Las fotos que pueda hacer no son publicables.

Esta vez el rostro de Aguado reflejó autentica sorpresa. Antes de que pudiera preguntar nada, la jueza caminaba hacia su coche.

—Alonso —dijo sin volverse—, enséñeselo todo, en exclusiva, por lo menos nos excusará ante el resto de los cuervos.

Alonso era el secretario del juzgado, un tipo escuchimizado y, para quien no lo conociera, pusilánime. Aguado sabía muy bien lo lejos que estaban las apariencias de la realidad.

—Por lo que sabemos —le comentó mientra entraban en el chalet—, Claudio Abraxas alquiló está casa hace un par de meses a un tal Arturo, aunque ese no es su verdadero nombre, por supuesto. Se trata de un actor porno retirado.

—Parece que habéis averiguado mucho en poco tiempo —observó Aguado—. ¿Cómo le encontrasteis aquí?

—Llevamos dos días buscándole. Entre otros cosas, hemos visitado todos los inmuebles que alquiló o vendió en los últimos tres meses, intentando encontrar una pista de su desaparición.

—¿Había desaparecido? ¡Diosss! ¿Qué ha pasado aquí?

Habían llegado a la cocina del chalet y Aguado se quedó perplejo ante el espectáculo, digno de una mala película gore. La sangre, seca de dos días, inundaba el suelo con una consistencia viscosa. En el centro, una silla, completamente enrojecida y sobre la que aún quedaban algunos restos de las cuerdas que, sin duda, habían retenido a Abraxas. Los electrodomésticos, las paredes... el techo, estaban llenos de manchas rojas de diversos tipos y tamaños.

Aguado no había visto nada parecido en sus muchos años de reportero de sucesos.

—¿Qué cojones le hicieron a ese desgraciado? —preguntó por fin.

—Hace un par de días recibimos un aviso del banco —explicó Alonso—. La agencia de Abraxas movía mucho dinero y mantenía saldos muy elevados, que en realidad no eran suyos: fianzas de alquileres, señales para compras de inmuebles, comisiones pendientes de liquidar, provisiones de fondos y cosas así. De golpe, a través de internet, habían vaciado todas las cuentas. Transferencias internacionales a paraísos fiscales. El director intentó ponerse en contacto con Abraxas y, al no conseguirlo, dio aviso a la policía. Y nos pusimos manos a la obra.

—No pensasteis que podía haberse dado el bote con toda la pasta —preguntó Aguado.

—Era una posibilidad y se emitió una orden de búsqueda —dijo Alonso—. Pero aunque estamos hablando de varios millones de euros, el patrimonio personal de Abraxas no es despreciable. En cuanto estuvo claro que no atravesaba dificultades financieras de ningún tipo, pensamos en algo así... aunque no tan malo.

—¿Pensáis que le torturaron para sacarle las claves de internet, vaciaron las cuentas y se dieron el piro?

—Torturarle es una forma suave de decirlo —Alonso señaló hacia arriba, a una gran mancha roja—. El forense cree que eso fueron sus testículos, estampados contra el techo. Le cortaron todos los dedos de las manos y los pies, con una tijera de podar. Tiene grandes zonas de piel arrancadas, los ojos vaciados y no le queda ni un diente.

Aguado, incapaz de hablar, preguntó con la mirada.

Por toda respuesta, Alonso señaló unos pesados alicates abandonados sobre la encimera de la cocina.

—Luego le abandonaron —prosiguió Alonso, aparentemente imperturbable—, todavía vivo: murió desangrado.

—¡Pero es imposible! —estalló Aguado—. Claudio Abraxas no era ningún héroe. Tuvo que cantar nada más empezar.

—El forense está convencido de eso.

—¿Entonces?

—Creemos que Arturo disfrutó haciéndolo.

Aguado sintió que la vista se le nublaba y se apoyó en la pared para no caer. Alonso le acompañó fuera.

—¿Lo hizo solo? —pregunto después de que el aire fresco le reanimara un tanto.

—En los bares de la zona, recordaban bastante bien a Claudio y a su novio. Se corrieron dos semanas de sexo y coca; aparentemente Claudio estaba colado hasta los huesos. Nadie recuerda una tercera persona...

Alonso dejo la última frase en el aire, como inconclusa.

—¿Pero? —preguntó Aguado.

—Los vecinos dicen que una mujer visitaba con frecuencia a Arturo.

—¿Una mujer?

—Una china, muy provocativa.

Aguado tomó su moto intentando componer la crónica de aquella historia. Se había ganado su prestigio profesional, en el periodismo de sucesos, preservando la memoria de las víctimas y no ensañándose con los criminales, sin renunciar a contar toda la verdad. Sintió que esta vez tenía el listón más alto que nunca.

Dos días más tarde.

La resaca llevó el cadáver desnudo hasta la playa. Según el forense, aficionado a la pesca y buen conocedor de las corrientes de aquella costa, lo habían arrojado en alta mar, al menos un par de días antes. Llevaba una navaja palmera clavada hasta la empuñadura, entre los omoplatos. Pero según el forense, la causa de la muerte era el palillo chino hundido en el ojo izquierdo, que había alcanzado la base del cráneo, después de atravesar todo el cerebro.

Era un hombre de mediana edad, con un grueso manojo de collares de oro al cuello y las manos llenas de sortijas, entre las que destacaba un sello de oro, digno de un Papa. A primera vista, el robo no parecía ser la causa de aquel crimen.